



Cuento VI

Obra- Valparaiso. Dir. Milena Forero. 2022. Foto. Daniela Mesa- Paparazzi Teatral

El jinete

Solista AGM¹



<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

¹ Jhon A,G,M. Ocasionalmente conocido para algunos bajo el Seudónimo de: SOLISTA. Es un escritor aficionado que desde los 12 años de edad. Bajo el nombre de SOLISTA, tiene diversas composiciones. Dentro de las cuales podemos hallar: canciones, poemas y cuentos. Actualmente es estudiante activo dentro de la facultad de Artes ASAB: Academia Superior de Artes de Bogotá donde se forma como actor.

Resumen

Tras una pérdida, un jinete que se ve sumergido en una inmensa agonía, pretende curar a través del alcohol, su dolor. Intentando librarse de aquel sufrimiento, Empezará un viaje con un único propósito: Limpiar su alma.

Hoy me levanté de mal humor.

Llevo días durmiendo poco y mis horarios de descanso se ven alterados. Se suponía que debía ser de mañana para ponerme de pie y continuar con mi rutina:

Tomar, llorar hasta dolerme el alma, emborracharme hasta sentir que el alcohol que tanto me inunda por dentro, en su intento de querer salir por algún lugar de mi cuerpo, no haya más maneras de abandonarme si no es escapando por mis poros hasta dejarme tendido casi en coma, y así, continuar con ésta agonía el día de mañana y la semana siguiente hasta morir de dolor; pero no, hoy NO me levanté temprano, hoy me desperté cayendo la noche. No sé si es porque llevo días sin comer o porque desde hace mucho no corro las cortinas de la casa, impidiéndole al sol que entre

a mi recinto y dejándome en absolutas oscuridades, convirtiéndome en un animal nocturno que desconoce la existencia del sol. O tal vez es el licor que ya entre poco, al parecer, remplazará en su totalidad mi sangre -pues he bebido como loco desde aquella noticia-. No sé si estos sucesos son los que me ocasionan aquel desorden de sueño. Solo sé que vivo las veinticuatro horas del día mareado, que cada vez que eructo siento el desagradable hedor de la mezcla de cien licores juntos. Parece ser que me he tomado todas las cervezas del planeta, creo que acabé con cuánta bebida había en las tabernas a las que asistí en busca de amigos que jamás hallé. Sí... Quizá todo eso tenga algo que ver...

Hoy he decidido cometer un crimen y aquí lo confieso. Deambulo moribundo, triste, roto, ¿Soy humano? ¡Jak! Parece que no. Pues al parecer soy

tan sólo una maldita coraza de piel humana que anda hueca por dentro desde aquel día... Mis ojos están hechos de agua y no hacen otra cosa que preguntarte. “¿En qué parte te encuentras?” Me interrogan mis pupilas mientras de éstas caen océanos por ti...

Me dolía la memoria. Sentía que la cabeza se me iba abrir en dos de tan espantosa resaca y sin embargo, salí enfurecido, colérico; supongo que la monstruosa hambre y el licor hicieron lo suyo. Pero por irónico que parezca ésta sensación de muerte me llenó de una abominable energía que desconocía. Sentía de pronto el vigor de cien toros dispuestos a salir al ruedo. Inhalaba y exhalaba con exagerada fuerza, de mis fosas nasales salía vapor, parecía un maldito y prehistórico bisonte dispuesto a aplastar a cualquiera que en mi camino se cruzara. Deseaba exterminar a tiros a cualquier ser humano: Tomé mi revolver junto a mi sombrero y salí de aquel miserable rancho en el que me encontraba aislado desde entonces. Tan pronto salí de casa y contemplé el tenebroso cielo pensé de inmediato que alguien tenía que pagar por mi miserable dolor. Quería asesinar... Di un fuerte silbido y apareció ella... De un enérgico salto quedé sobre el formidable lomo de Estrella Oscura, mi preciosa yegua negra.

Una vez encima de esta la arrié dándole la orden de cabalgar a toda prisa, pero antes de iniciar su carrera se levantó en dos patas y, relinchando enfurecida, tan pronto como aterrizó, emprendió su marcha a toda velocidad. Iba endemoniada... Me sorprendió que a

pesar de ser negra la noche al igual que ella, Estrella Oscura sabía de memoria el camino y avanzaba con rapidez.

Por un momento creí que montaba sobre un maldito león en lugar de mi yegua, pues la seguridad a la que este animal galopaba me daba la impresión de tener en la mira a su presa e ir tras ella para matarla.

De repente empezó a llover, y lo que empezó con un leve rocío se tornó en una gran tormenta. Llovía de un modo bárbaro y el cielo rugía cómo si éste fuese un animal milenario al que nosotros, ignorantes, nos encaminábamos dispuestos a ser deglutidos. Allí arriba el cielo tronaba de un modo estentóreo y resplandecía hacia todas las direcciones del planeta. El espectáculo era magnánimo y a la vez aterrador. Los potentes truenos y los relucientes rayos daban la impresión de que alguien estaba por encima de las nubes haciendo largas rutas de pólvora en forma de zigzag, y una vez éstas encendían, quemándose al acto, creaban los fragmentados rayos que partían el cielo en mil pedazos. Fue extraño... Pero estar en medio de aquel diluvio fue como recibir una inyección directa de epinefrina al corazón, y aquella desbordada energía de querer huir del planeta también la sintió en cada hueso mi apreciada yegua. Fue una conexión hermosa el percibir el frenesí y la melancolía que mi bello corcel emanaba en cada patada salvaje. Ella, al parecer, también estaba harta y resentida por tu abandono. De repente... No sé qué demonios pasó en mí pero empecé a notar que el tiempo transcurría

en cámara lenta... Sentí que podía presenciar como caían milímetro a milímetro las gotas sobre nosotros. Vi cómo, mientras avanzábamos paso a paso, dejando huellas en el fango, éste, de manera lenta, se llenaba de agua... también presencié cómo el cielo se iluminaba metro a metro hasta el horizonte y luego se oscurecía. Mi respiración se hacía larga y profunda... lo que más me atrapó fue presenciar cómo el viento ondeaba el pelaje de mi yegua. Empapados, dejábamos atrás los miedos. El afán de llegar a aquel sitio, vernos furiosos a toda velocidad, pero en cámara lenta, fue lo que me brindó, por primera vez, desde tu partida, un poco de libertad... Un poco de paz.

Al llegar al cañón de las luciérnagas el cielo ya había dejado de llover. Una vez que acerqué a Estrella Oscura hasta el aguadero para que se refrescara, yo, sacando de mi chamarra una antigua licorera y quedándome el último sorbo de Vodka, también me hidraté. Contemplé la vista... Magnífica como siempre. Todo continuaba allí: las lejas montañas. La Luna. Las estrellas. Incluso la roca que trajimos hasta aquí como promesa de nuestro amor. Aún recuerdo el día en que me convenciste de hacerlo, yo sonreía por aquel entonces porque tan solo veía una tonta piedra. Pero tú, tú me dijiste que no era una piedra cualquiera, que era una piedra solitaria al igual que yo, y que al igual que yo, la encontraste apartada de cualquier camino y la llevaste contigo, así como hiciste conmigo cuando me encontraste esa tarde en la que ya no quería vivir... Y tú, tú con tu amor, tú con tus sonrisas que rompían mis soledades, con tus besos capaces de

encender las calderas de mi oxidada alma, tú con tu talento para reparar cosas rotas tallaste tu rostro en esa piedra y me prometiste que siempre estarías conmigo... Sí, parece que todo está en su correcto lugar. Todo estaba aquí, ¡Todo! Excepto una cosa... La más valiosa. Tú.

Enfurecido, rompí a llorar como un niño lastimado. Me encontraba adolorido pero la verdad me hallaba más que envenenado ante la tortura que me evocaba tu ausencia. Odiando a la humanidad, desenfundé sin temor alguno mi endemoniado revolver y disparé con el mayor de mis rencores. Tan pronto disparé hasta no dejar ni una bala en la recámara, inmediatamente la yegua se puso en dos patas y, haciendo una figura escultural, relinchó de dolor. Fue un bramido ensordecedor que atravesó de extremo a extremo la tierra dejando a ésta en absoluto silencio. Sí... Al parecer a ella también le duele que no estés con nosotros...

Le disparé a las estrellas y, queriendo asesinarlas, anhelé que cayeran a la tierra para salir corriendo a explorarlas. Pues guardaba la esperanza de encontrarte allí dormida. No sé si estás extraviada en medio de tantos astros y quizá, tal vez quizás, es por eso que no has encontrado el camino de regreso a casa. Vivo esperándote. Asumo que has de estar allá arriba dormida sobre alguna estrella, pues, siempre que lloro por tu partida, miro al cielo... Te amo... Te extraño mi amor... Y aún no acepto que ya no estés conmigo.